



El primer día de la Creación

Autilla del Pino (Palencia)

POR: ESPERANZA ORTEGA
FOTOGRAFÍAS DE: HENAR SASTRE

Estaban comenzando los años sesenta, la década en la que entraron en mi casa todos los inventos modernos. Llegó el turrmix y la televisión, y mi padre decidió comprarse un coche. ¿Por qué se habría comprado un coche cuando todos sabíamos lo poco que le gustaba viajar? Así que el día en que lo estrenamos yo estaba tan encantada como sorprendida. ¿Dónde íbamos? Me imaginaba –entonces no tenía ni idea de las distancias– que iríamos a Valladolid o a Santander, las dos únicas ciudades que figuraban en mi geografía particular. Sin embargo paramos enseguida, al entrar en Autilla del Pino. Así me dijeron que se llamaba aquel pueblo. En cuanto salí del coche me fui corriendo en dirección a la plaza, pero enseguida tuve que volver sobre mis pasos. Mi padre caminaba hacia un lugar en donde solo había una barandilla. ¿Qué se veía desde allí? Nada –pensé tras una primera ojeada–, nada en absoluto. El inmenso cielo azul y una explanada de tierra que parecía infinita. Al fondo, lejanísimas, entre una suave neblina que difuminaba sus perfiles, se distinguían unas montañas de color sonrosado. Así que habíamos venido a mirar la nada, más o menos. Escudriñé el paisaje con atención y fui descubriendo unos montículos que parecían pequeños oteros de adobe, flotando en la inmensidad. ¿Qué era eso? Eran los pueblos de Palencia, pueblos

▲ **En cubierta.** Esperanza Ortega, apoyada en la barandilla del mirador, como en cubierta de un nave que surca el mar.

